

FELIX IBARGUTXI

Francisco Jiménez lleva 24 años injertando las plantas de manzana que ofrece la Diputación a los baserritarras

AIA. DV. El gitano Francisco Jiménez acudió ayer desde Oyón a la cita que todos los años tiene con la Diputación de Gipuzkoa. Se presentó con su hijo Delfin en la finca que la Diputación tiene en Aia con plantones de manzano y allí sacó su navaja de injertar. La cuadrilla, compuesta por siete personas, injertó varios miles de manzanos, que pronto, en enero de 2007, serán puestos a la venta y acabarán en las praderas de Gipuzkoa. Francisco Jiménez es uno de los protagonistas de la recuperación que los manzanales de sidra han experimentado en el territorio guipuzcoano, pues lleva 24 años injertando las plantas que luego vende la Diputación a los particulares.

Francisco Jiménez y otros seis familiares trabajaron ayer a un ritmo vivo. Se agachaban en cada planta de manzano y con la navaja hacían una hendidura en forma de T en una zona del árbol cercana al suelo. Luego, en esa hendidura insertaban un trozo de corteza de una rama seleccionada anteriormente, perteneciente a algún árbol de las variedades sideras consideradas óptimas. Este tipo de injerto se llama «de escudete»; la corteza se solda a la base del árbol en un plazo de unos cuarenta días, y en la siguiente primavera brota ahí una rama vigorosa que se convertirá en el nuevo tronco del árbol.

El injerto es totalmente necesario en los manzanos y en los árboles frutales en general. Si tomáramos una semilla de una manzana sidrera como, por ejemplo, la *goikotxea*, y la hiciéramos

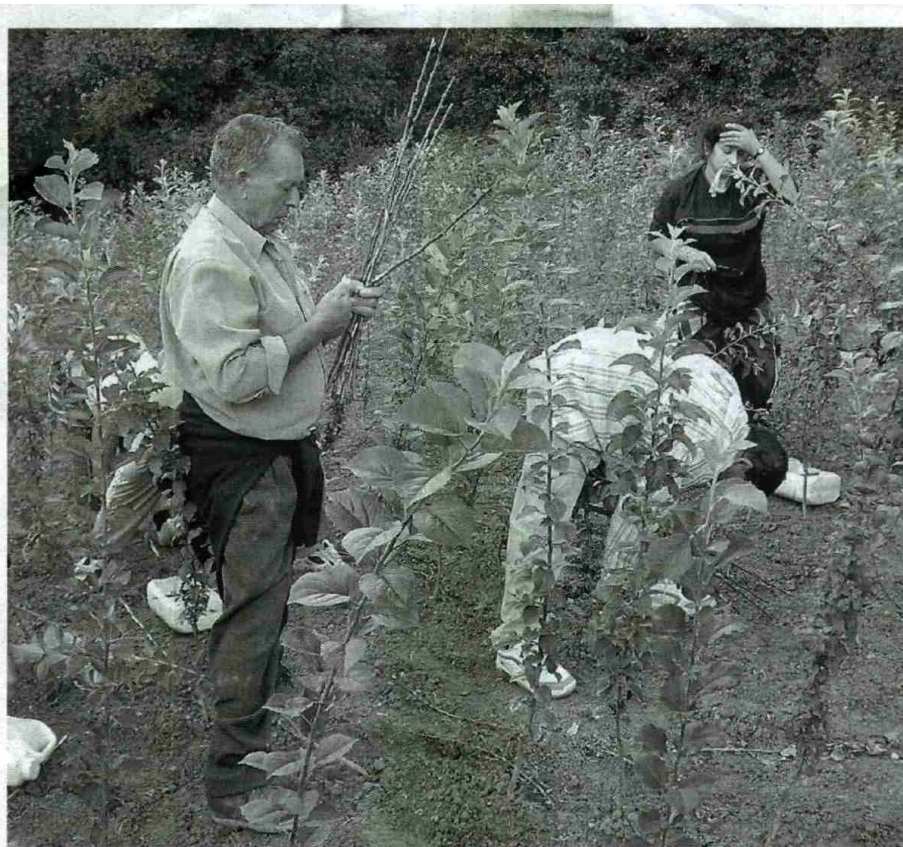
germinar poniéndola bajo tierra, tendríamos un árbol bastante diferente al originario, y posiblemente apenas daría fruto. Las características genéticas de cada variedad de manzana nunca se transmiten mediante semilla, sino mediante injerto. De ahí que el papel del injertador sea clave.

La Diputación comenzó en 1983 a ofrecer plantas de manzano para sidra a los sidreros y baserritarras en general, con la intención de hacer frente a la pérdida de manzanales producida a partir del boom de los pinares.

Esas primeras plantas ya fueron injertadas por Jiménez. Diputación había solicitado sus servicios tras las referencias dadas por Viveros Zubeldia, de Aginaga. «Yo soy injertador, podador, vendimiador, tapicero... y hago todo tipo de injertos. Empecé a trabajar con diez años, y con quince ya manejaba la navaja de injertador. Aprendí el oficio viendo a los mayores, y algunas pocas cosas mirando los libros. Si la planta está sana y vigorosa mi injerto tiene una eficacia del 95%. Trabajo rápido, suelo hacer 250 injertos a la hora, y también hasta 300», comenta Francisco.

Tras observar cómo se tienen que agachar los injertadores y preguntar si el oficio es duro, Jiménez responde así: «Yo tengo en la cintura un don de Dios. Me cuida el Señor. Antes fui esquilador de ovejas, y recorría provincias esquilando cien cabezas al día. Aquello es el peor oficio que hay. Hace veintisiete años entendí, gracias a Dios, que aquello no me convenía. Me hice cristiano evangélico y llevo un plan de vida más formab». ■

La otra navaja gitana



Francisco -a la izquierda-, sostiene las ramas de las que se extraen los trozos de corteza. (IBARGUTXI)